

LA SQUAW

En aquel entonces Núremberg no estaba tan explotado como ahora. Irving¹ aún no había estrenado su *Fausto*, y el mismo nombre de la ciudad era apenas conocido por la gran mayoría de los viajeros. Mi mujer y yo nos encontrábamos en nuestra segunda semana de luna de miel y, como podrá comprenderse, deseábamos que alguien más se uniese a nuestra expedición. De modo que cuando aquel alegre extranjero, Elias P. Hutcheson, proveniente de Isthmian City, Bleeding Gulch, condado de Maple Tree, Nebraska, apareció en la estación de Fráncfort comentando casualmente que iba a visitar la ciudad más vieja de *Yurropa*, y que suponía que viajar solo durante tanto tiempo podría bastar para enviar incluso a un ciudadano inteligente y activo como él al pabellón para melancólicos de un manicomio, decidimos aceptar aquella indirecta tan poco elusiva y le sugerimos unir nuestras fuerzas. Cuando algo más tarde comparamos nuestras impresiones, descubrimos que tanto ella como yo teníamos la intención de hablar aparentando timidez o cierta duda, para no parecer demasiado ansiosos, lo que no dice mucho a favor de la buena marcha de nuestro matrimonio. Pero el efecto quedó completamente diluido al dar la casualidad de que ambos empezáramos a hablar a la vez, deteniéndonos al unísono para volver a empezar de nuevo al mismo tiempo. El caso es que lo

“The Squaw”. Incluido en *Dracula's Guest And Other Weird Stories*. Apareció por primera vez en la revista *Holly Leaves* en 1892. [Traducción: Óscar Palmer Yañez].

(1) Se refiere a Henry Irving, célebre actor para el que Stoker trabajó durante 27 años como agente y secretario. Fue precisamente durante la gira que les llevó hasta Alemania a representar el *Fausto* de Goethe, cuando Stoker e Irving visitaron Núremberg y la torre de la tortura. La impresión que les causó a ambos fue el detonante de este relato. (N. del T.)

hicimos, no importa cómo, y Elias P. Hutcheson pasó a ser miembro de nuestra expedición. Amelia y yo descubrimos la agradable mejoría de inmediato: en vez de pelearnos constantemente, como habíamos estado haciendo hasta aquel momento, nos dimos cuenta de que la influencia condicionante que suponía la presencia de una tercera persona era tal que empezamos a aprovechar cualquier oportunidad que se nos presentara para mimarnos. Amelia dice que desde entonces, como resultado de la experiencia, siempre les recomienda a sus amigas que lleven a alguien con ellas en sus lunas de miel. Bueno, el caso es que «nos hicimos» Núremberg juntos, y disfrutamos enormemente los atrevidos comentarios de nuestro amigo transatlántico, que entre su pintoresco modo de hablar y su bagaje aventurero parecía recién salido de una novela. Como objeto de nuestra última visita nos reservamos el antiguo Burgo, y cuando llegó el día previsto paseamos alrededor de la muralla que rodea la ciudad por su flanco oriental.

El Burgo está situado sobre una gran elevación rocosa que domina la ciudad, y su lado norte queda protegido por un foso muy profundo. Núremberg se congratula de no haber sido saqueada jamás; de haberlo sido, ciertamente no habría podido conservar un aspecto tan flamante y perfecto como el que presenta en la actualidad. El foso lleva siglos sin usarse y su base aparece repleta de jardines, de entre los cuales sobresalen algunos árboles de altura más que respectable. Mientras vagábamos alrededor del muro, remoloneando bajo el calurosísimo sol de julio, nos detuvimos a menudo para admirar las vistas que se extendían frente a nosotros, especialmente las que nos ofrecía el gran llano, cubierto de pueblos y villorrios y enmarcado por una línea azul de montañas, como un paisaje de Claude Lorrain. Tras ver aquello siempre nos volvíamos con renovada satisfacción hacia la ciudad en sí, con su miríada de viejos y pintorescos gabletes y sus enormes tejados rojos, moteados en sus hileras de ventanas y buhardillas. A nuestra derecha se alzaban las torres del Burgo y, algo más cerca, imponiendo su sombría presencia, estaba la torre de la tortura, que entonces era (y quizá siga siendo todavía) el lugar

más interesante de toda la ciudad. Durante siglos, la tradición de la Virgen de Hierro de Núremberg ha sido puesta como ejemplo de los horrores y la crueldad a los que es capaz de llegar el hombre; llevábamos tiempo deseando verla, y por fin allí la teníamos.

Aprovechando una de nuestras pausas, nos recostamos sobre el muro del foso y miramos hacia abajo. El jardín bien podría estar situado a unos ciento cincuenta o doscientos metros por debajo de donde nos encontrábamos, y el sol seguía derramando sobre nosotros un calor intenso e inmóvil semejante al de un horno. Más allá se alzaban las paredes grises y sombrías, de altura aparentemente interminable, perdiéndose a derecha e izquierda en los ángulos del baluarte. Árboles y arbustos coronaban el muro y competían en altura con las altivas casas, a cuya masiva belleza el tiempo no les había otorgado sino su aprobación. Hacía mucho calor, y nos sentíamos perezosos; teníamos todo el tiempo del mundo y lo dejábamos marchar apoyados contra la pared. Justo debajo de nosotros podíamos disfrutar de una bella estampa: una enorme gata negra yacía tumbada cuan larga era tostándose al sol, mientras un gatito, también negro, brincaba graciosamente a su alrededor. La madre movía la cola para que el minino jugara con ella, o alzaba alguna de sus patas para empujar amablemente al pequeño, redoblando sus ganas de jugar. Se encontraban justo al pie del muro, y Elias P. Hutcheson, que pretendía animar aún más el juego, tomó de la calzada una piedra de moderado tamaño.

—¡Vean! —dijo—. La dejaré caer cerca del gatito y los dos empezarán a preguntarse de dónde vino.

—Oh, tenga cuidado —dijo mi mujer—, podría usted darle al pobrecito.

—¡En la vida, señora! —respondió Elias P.—. Vaya, pero si soy más tierno que un cerezo de Maine. Que Dios la bendiga, no tengo más intención de hacerle daño al pobre bichillo que de arrancarle la cabellera a un niño. ¡Puede apostarse sus abigarradas medias! Vea, la soltaré desde aquí afuera, de modo que no caiga demasiado cerca.

Y habiendo dicho esto, se asomó por encima del muro, extendió

la mano todo lo que pudo y soltó la piedra. Podría ser que en el mundo exista una fuerza que atraiga a los pequeños problemas para impulsarlos hacia los grandes; aunque lo más probable fuese que el muro no cayese a plomo, sino que formara un pequeño declive en la base, y que desde arriba no fuésemos capaces de percibir la inclinación. El caso es que la piedra cayó directamente sobre la cabeza del gatito, desparramando sus sesos y produciendo un repugnante sonido que llegó hasta nosotros a través del sofocante aire. La gata negra levantó la mirada y sus ojos verdes y llameantes quedaron fijados durante un instante en Elías P. Huteson. Después volvió a dedicar su atención al minino, que yacía completamente inmóvil salvo por algún ocasional espasmo en los miembros, mientras un hilillo de sangre manaba desde la herida. Profiriendo un chillido ahogado que hubiera podido pasar por humano, la gata se inclinó sobre su cría y lamió su herida sin dejar de gemir. De repente, pareció darse cuenta de que estaba muerto y volvió a elevar la mirada hacia nosotros. Nunca olvidaré aquel momento, pues aquel animal se convirtió en la perfecta encarnación del odio. Sus ojos verdes se iluminaron con un fuego horripilante y sus colmillos, blancos y afilados, parecieron brillar a través de la sangre que se deslizaba por su boca y sus bigotes. Hizo rechinar los dientes y extrajo completamente las garras de sus zarpas. Entonces se abalanzó salvajemente sobre el muro, como si pretendiese alcanzarnos, pero al perder el impulso volvió a caer aterrizando sobre el minino muerto, lo que vino a añadir horror a su apariencia, puesto que su negro pelaje quedó completamente impregnado de sangre y sesos. Amelia tuvo que apartar la vista, sintiéndose desfallecer, por lo que tuve que tomarla entre mis brazos. Cerca de allí había un banco situado a la sombra de un enorme plátano, y la conduje allí a la espera de que recuperara la compostura. Después me reuní con Huteson, que permanecía inmóvil en el mismo sitio contemplando a la enfurecida gata.

Cuando llegué hasta él, me dijo:

—Vaya, creo que en mi vida había visto un animal más fiero... con la excepción de una squaw apache en el momento de tomarse

la revancha sobre un mestizo al que llamaban *El Esquirilas*, por el modo en que le había destrozado los huesos a su cachorro tras arrebatárselo en un asalto a su campamento. Fue su manera de demostrarles a los apaches el agradecimiento que les profesaba por haber quemado viva a su madre. Esa misma mirada de odio se le quedó tan grabada en el rostro que parecía haber nacido con ella. Siguió al *Esquirilas* durante más de tres años, hasta que, al fin, algunos bravos consiguieron capturarlo y se lo entregaron. Dicen que ningún hombre, ni blanco ni indio, ha tenido que sufrir durante tanto tiempo los métodos de tortura apaches. La única vez que la vi sonreír fue cuando yo mismo la liquidé. Llegué al campamento justo a tiempo de ver al *Esquirilas* morir frente a ella, y lo cierto es que a él tampoco le importó acabar con todo aquello de una vez por todas. Era un tipo duro y, aunque nunca se me hubiera ocurrido estrecharle la mano después de lo que le hizo a aquel niño (pues se trató de un asunto ciertamente desagradable; y si parecía blanco, debería haberse comportado como tal), pude comprobar que había purgado de sobra su pecado. Y maldito sea si no me llevé uno de los trozos de su pellejo que habían quedado colgados en los mismos postes en los que le habían desollado para hacerme una cartera. ¡La llevo aquí mismo! —y se golpeó el bolsillo que tenía su abrigo a la altura del pecho.

Mientras hablaba, la frenética gata seguía intentando una y otra vez escalar el muro. Retrocedía para tomar impulso y después cargaba, llegando a alcanzar alturas realmente increíbles. No parecían importarles las terribles caídas que seguían a cada intento, sino que volvía a iniciar el proceso con vigor renovado; y con cada golpe que se daba su aspecto devenía más y más terrible. Hutcheson era un hombre de buen corazón (tanto mi esposa como yo habíamos observado muestras de amabilidad hacia hombres y animales por igual), y parecía preocupado por el estado en el que se encontraba la gata.

—¡Hay que ver! —dijo—. Lo cierto es que el pobre bicho parece completamente desesperado. ¡Vamos! ¡Vamos! Pobrecita, has de comprender que ha sido un accidente, aunque eso no te devolverá a

tu pequeño. ¡Vaya! ¡Ni en mil años hubiera pretendido que sucediera algo así! ¡Eso es lo que pasa cuando un hombre pretende jugar: que se vuelve torpe y estúpido! Parece que estoy destinado a ser un condenado patoso incluso cuando juego con los gatos. ¡Por cierto, Coronel! —tenía un modo agradable de ir otorgándole títulos a la gente—. Espero que su esposa no esté demasiado enfadada conmigo a causa de este desagradable incidente. Vaya, de ningún modo pretendía que ocurriese algo así.

Se acercó a Amelia y se disculpó profusamente. Ella, con su habitual bondad, se apresuró a asegurarle que comprendía que había sido un accidente. Después, los tres volvimos al muro.

La gata, al haber perdido de vista el rostro de Hutcheson, se había retirado hasta el otro extremo del foso, y se sentaba en cuclillas como si se estuviera preparando para saltar. Y eso fue precisamente lo que hizo en cuanto le vio, arrojarse hacia él dominada por una furia ciega e irracional, que podría haber resultado grotesca de no ser porque era terriblemente real. No intentó agarrarse a la pared, sino que sencillamente se lanzó en su dirección como si el odio o la furia pudiesen proporcionarle las alas necesarias para atravesar la gran distancia que los separaba. Amelia, femenina como siempre, se preocupó mucho, y le dijo a Elias P. en tono de advertencia:

—¡Oh! Será mejor que tenga mucho cuidado. Si estuviese aquí arriba, ese animal intentaría matarle; sus ojos revelan claramente sus intenciones asesinas.

Hutcheson se rió jovialmente.

—Discúlpeme, señora —dijo—. No se ofenda, pero no puedo evitar reírme. ¡Imagínese a un hombre que se ha enfrentado a *grizzlies* e indios por igual, preocupándose por la posibilidad de ser asesinado por una gata!

Cuando la gata le oyó reír cambió por completo de comportamiento. Dejó de arrojarse contra la pared para retirarse tranquilamente hasta donde yacía su gatito muerto, y empezó a lamerlo y a acariciarlo como si aún estuviera vivo.

—¡Vea! —dije yo—. El efecto que puede conseguir un hombre de

verdad. ¡Incluso ese animal, dominado por la furia, reconoce la voz de un amo y se pliega ante ella!

—Como una squaw —comentó sucintamente Elias P. Hutcheson mientras proseguíamos nuestro recorrido alrededor del foso. De vez en cuando mirábamos por encima del muro, y en todas las ocasiones vimos a la gata, siguiéndonos. Al principio había regresado una y otra vez junto a su gatito, pero después, a medida que la distancia fue aumentando, lo agarró con la boca y lo arrastró consigo. Al cabo de un rato, en todo caso, dejó de hacerlo, ya que la vimos sola; evidentemente, había escondido el cuerpo en algún sitio. La persistencia de la gata provocó que la preocupación de Amelia se fuera intensificando, por lo que repitió su advertencia más de una vez. Pero el americano no hacía más que recibirla con risas, hasta que al final, viendo que su inquietud no desaparecía, le dijo:

—Señora, no tiene por qué asustarse de esa gata. Llevo aquí un seguro a todo riesgo, vaya que sí —al llegar a este punto palmeó su pistola de bolsillo, que pendía en la parte trasera de la región lumbar—. ¡Antes de verla preocupada, prefiero dispararle ahora mismo a ese bicho y arriesgarme a que la policía intervenga contra un ciudadano de los Estados Unidos por llevar armas, desafiando así abiertamente las normas!

Mientras hablaba, se inclinó por encima del muro, pero la gata, al verle, se retiró con un gruñido hasta un lecho de enormes flores, entre las que se escondió. Hutcheson exclamó:

—¡Que me aspen si ese bicho no sabe mejor que la mayoría de los cristianos lo que le conviene! ¡Supongo que ya no la veremos más! ¡Puede apostar a que ahora regresará junto a su gatito reventado y celebrará un funeral en la intimidad!

Amelia no quiso decir nada más, no fuera a ser que Hutcheson, llevado por una amabilidad mal expresada, cumpliera su amenaza de disparar a la gata, así que seguimos andando hasta cruzar el pequeño puente de madera que conduce al pórtico, a partir del cual empezaba la carretera pavimentada y empinada que separaba el Burgo de la pentagonal torre de tortura. Mientras cruzábamos, volvimos a ver a

la gata debajo de nosotros. Cuando ella nos vio, toda su furia pareció regresar, y reanudó sus frenéticos esfuerzos por salvar el escarpado muro. Hutcheson se rió mientras la observaba, y dijo:

—¡Adiós, vieja! ¡Siento haber herido tus sentimientos, pero ya lo superarás! ¡Adiós!

Y después atravesamos la extensa y oscura bóveda y llegamos hasta la puerta del Burgo.

Cuando volvimos a salir tras nuestra inspección de aquel bellísimo lugar, cuyo encanto ni siquiera los bien intencionados esfuerzos realizados por los restauradores góticos de hace cuarenta años han podido echar a perder (aunque su restauración resultara entonces terriblemente chillona), los tres parecíamos haber olvidado por completo el desagradable incidente de la mañana. El anciano tilo y su enorme tronco, nudoso por el paso de casi nueve siglos; el profundo foso, tallado en la roca por los cautivos de antaño, y la preciosa estampa de la ciudad vista desde las murallas, desde las que también escuchamos, durante casi un cuarto de hora, los múltiples tañidos de la ciudad, habían ayudado a borrar de nuestras mentes el episodio del gatito muerto.

Fuimos los únicos visitantes que entraron en la torre de la tortura a lo largo de aquella mañana (o eso dijo al menos el vigilante) y, ya que disponíamos del lugar para nosotros solos, pudimos realizar una inspección mucho más detallada y minuciosa de la que de otro modo hubiera sido posible. El vigilante, al ver que ese día éramos su única fuente de ingresos, se mostró complaciente con todos y cada uno de nuestros deseos. La torre de la tortura es, en verdad, un sitio siniestro, incluso en la actualidad, cuando los miles de visitantes que han entrado en ella han dejado en su interior una corriente de vida y de la alegría que sigue a esta; pero en aquel entonces aún estaba revestida de sus aspectos más siniestros y espantosos. El polvo de varios siglos parecía haberse posado sobre ella, y la oscuridad y el horror de su memoria habían pasado a ser sentientes en un modo que habría satisfecho las almas panteístas de Philo o Espinoza. La cámara inferior, por la que entramos, parecía ocupada por la oscuridad

encarnada; incluso la cálida luz del sol que se filtraba a través de la puerta parecía perderse en la vasta espesura de los muros, y únicamente servía para mostrarnos la albañilería, tan cruda como el mismo día en el que se retiró el andamiaje, recubierta de polvo y marcada aquí y allá por manchas oscuras que, si las paredes pudieran hablar, habrían revelado sus propios recuerdos de miedo y dolor. Nos alegramos de dejar aquella estancia atrás para subir la polvorienta escalera de madera, mientras el vigilante mantenía la puerta abierta para iluminarnos el camino, ya que para nuestros ojos, el único cirio, alargado, retorcido y maloliente, escondido en un hueco de la pared, únicamente ofrecía una luz inadecuada. Cuando salimos por la trampilla abierta que se hallaba en el rincón de la cámara sobre nuestras cabezas, Amelia se abrazó a mí con tanta fuerza que pude notar cómo latía su corazón. Debo decir que por mi parte no me sorprendí ante su temor, ya que aquella estancia era incluso más horripilante que la anterior. Había algo más de luz, cierto, pero tan sólo la justa para adivinar los horrores que se acumulaban a nuestro alrededor. Los constructores de la torre habían pretendido que únicamente aquellos que llegasen a lo alto de la misma pudieran disfrutar de luz y perspectiva. Allí, según habíamos podido comprobar antes de entrar, había varias ventanas, aunque de un tamaño reducido y típicamente medieval, pero en el resto de la torre apenas se podían encontrar unos estrechísimos respiraderos, como los que suelen encontrarse en las construcciones defensivas medievales. Tan sólo un par de estos últimos iluminaban la cámara, y se hallaban situados a tal altura que resultaba imposible vislumbrar el cielo a través de las gruesas paredes. En hileras, y apoyadas desordenadamente contra los muros, se acumulaban varias espadas de verdugo, enormes, de hoja ancha y filo doble y cortante. A su lado había varios bloques sobre los que se habían posado los cuellos de las víctimas, y en los que aún se podían ver aquí y allá las muescas que había producido el metal al atravesar la carne y clavarse en la madera. Alrededor de la cámara, colocados de forma irregular, había diversos instrumentos de tortura que producían dolor en el alma sólo con contemplarlos: sillas

erizadas de pinchos que provocaban un dolor instantáneo y atroz; sillas y sillones recubiertos de remaches redondeados, cuya tortura parecía menor, pero, aunque más lenta, acababa por ser igual de efectiva; potros, cinturones, botas, guantes, garrotes viles... todo ello pensado para comprimir a voluntad; recipientes de acero en cuyo interior una cabeza podría ser lentamente estrujada hasta convertirla en pulpa, de ser necesario; ganchos de mangos largos y un filo que atajaba la menor resistencia (siendo esta una especialidad del sistema policial de Núremberg); y muchos, muchos otros instrumentos mediante los cuales el hombre hería al hombre. Amelia se puso muy pálida al contemplar todos aquellos horrores, pero afortunadamente no se desmayó, ya que al sentirse algo débil fue a sentarse en una silla de tortura, de la que se levantó inmediatamente dando un salto y lanzando un grito, lo que le quitó las ganas de desmayarse. Los dos pretendimos que había sido la mancha que se había hecho en el vestido, a causa del polvo acumulado sobre la silla y los oxidados pinchos, lo que la habían alterado, y el señor Huteson tuvo la cortesía de aceptar la explicación con una sonrisa amable.

Pero el objeto central de aquella cámara de los horrores era el instrumento conocido como la Virgen de Hierro, que se encontraba aproximadamente en el centro de la habitación. Era una silueta de mujer burdamente tallada, casi en forma de campana o, para hacer una comparación más acertada, siguiendo la figura de la señora de Noé en el Arca de los niños, pero sin ligereza de cintura ni el perfecto *rondeur* de cadera que caracteriza el patrón estético de la familia Noé. Uno apenas podría haber reconocido su intención de parecerse a una figura humana de no haber sido por el lejano parecido con un rostro de mujer con el que el fundidor había dotado a la parte superior del aparato. La máquina estaba recubierta de óxido y polvo; una soga unía una anilla situada frente a la figura con el lugar que debería haber correspondido a la cadera, y pasaba a través de una polea unida a la enorme viga de madera que sostenía el piso inmediatamente superior. El vigilante, tirando de la cuerda, nos mostró que una sección de la parte frontal tenía bisagras, como si de una puerta se tratase; entonces

pudimos comprobar que el aparato era de un grosor más que considerable, ya que apenas había espacio en su interior como para que entrase una persona. La puerta era de igual grosor y pesaba notablemente, pues obligó al vigilante a hacer uso de todas sus fuerzas, ayudado como estaba por la polea, para conseguir abrirla. Aquel peso se debía en parte al hecho de que la puerta había sido elaborada con el propósito de que volviera a cerrarse por sí sola en cuanto se soltase la cuerda. El interior estaba plagado de óxido, pero no sólo era óxido del que aparece con el tiempo; ese apenas habría bastado para profundizar tanto en aquellas gruesas paredes de hierro: ¡era el óxido producido por los crueles derramamientos el que había conseguido morderlas de aquella manera! En todo caso, fue al observar el lado interior de la puerta cuando se nos reveló su diabólico propósito. De ella surgían varias estacas de considerable longitud, cuadradas y macizas, anchas en la base y agudas en la punta, colocadas de tal manera que, cuando la puerta se cerrase, las situadas en la parte superior atravesarían los ojos de la víctima, mientras que las inferiores se hundirían en su corazón y otros puntos vitales. La visión de aquello fue demasiado fuerte para la pobre Amelia, que esta vez se desmayó del todo, por lo que tuve que descender las escaleras con ella en brazos y llevarla hasta un banco en el exterior de la torre, donde la tumbé hasta que se recuperó. Una prueba de que la impresión recibida se le quedó grabada hasta el tuétano fue que, más tarde, nuestro hijo mayor nació con una marca en el pecho que, según consenso familiar, ha sido aceptada como una representación de la Virgen de Núremberg.

Cuando regresamos a la cámara encontramos a Hutcheson todavía frente a la Virgen de Hierro; evidentemente, había estado filosofando, y ahora nos otorgó el beneficio de sus pensamientos en forma de exordio.

—Bueno, creo que he aprendido algo mientras la señora se recuperaba de su desfallecimiento. Me da la impresión de que aún estamos algo atrasados allá, en nuestro lado del charco. En los llanos solíamos pensar que los indios podían darnos lecciones de cómo hacer que un hombre se sienta incómodo, pero supongo que sus antiguos métodos

de ley y orden medievales siguen estando muy por delante. *El Esquirlas* se lo hizo realmente bien con el asunto de la squaw, pero esta jovencita de aquí le deja a la altura de mero aficionado. Las puntas de las estacas aún están lo suficientemente afiladas, aunque los lados también estén reconcomidos. No estaría mal que la oficina que se encarga de los asuntos indígenas comprara unos cuantos cacharros de estos y enviara uno a cada reserva, para bajarles los humos a todos aquellos bravucones, y también a sus squaws, mostrándoles cómo el hombre civilizado les supera incluso en lo que mejor saben hacer. Creo que me voy a meter ahí un minuto, a ver qué es lo que se siente.

—¡Oh, no! ¡No! —dijo Amelia—. ¡Es demasiado terrible!

—Supongo, señora, que nada es demasiado terrible para la mente inquieta. Ya me he encontrado en lugares y situaciones extrañas en otras ocasiones. Una vez pasé toda una noche guarecido en el interior de un caballo muerto para sobrevivir a un incendio en las llanuras de Montana. Y en otra ocasión dormí dentro de un búfalo, ya que los comanches habían desenterrado el hacha de guerra y no me apetecía facilitarles la adquisición de mi cabellera. Pasé dos días en un túnel excavado en la mina de oro de Billy Broncho, en Nuevo México, y fui uno de los cuatro que quedaron encerrados durante dieciocho horas en el derrumbe que se produjo mientras colocábamos los cimientos del puente de Búfalo. ¡Nunca he rechazado una experiencia curiosa, y no voy a empezar ahora!

Vimos que estaba completamente decidido a seguir adelante con su experimento, de modo que le dije:

—Bueno, pues apresúrese, viejo, y acabe con esto cuanto antes.

—Muy bien, General —respondió—, pero me temo que aún no estamos preparados. Los caballeros que me precedieron en ese tubo no se presentaron voluntarios para la tarea. ¡Ni mucho menos! Y supongo que antes de llegar al momento culminante de la función se les ataría ceremonialmente, o algo parecido. Quiero seguir el proceso tal y como debe hacerse, de modo que primero me tendrán que preparar adecuadamente. ¿Me atrevería a decir que este muchachote podría encontrar algo de cordel y atarme de acuerdo a la costumbre?

Formuló esta última frase en tono interrogativo y dirigiéndose al vigilante, pero éste, que aunque había entendido el hilo de su discurso posiblemente no había podido apreciar en su totalidad las sutilezas de su dialecto y su imaginería, movió negativamente la cabeza. Su protesta fue, en todo caso, meramente formal y destinada a ser salvada. El americano depositó en su mano una moneda de oro, diciéndole:

—¡Cójala, compañero! Es su propina; y no se asuste. ¡No le estoy pidiendo que me acompañe a una fiesta de esmoquin!

El vigilante trajo un trozo de cuerda estrecho y deshilachado, y procedió a atar a nuestro compañero de un modo lo suficientemente estricto como para cumplir su propósito. Cuando la parte superior de su cuerpo estuvo inmovilizada, Hutcheson dijo:

—Espere un momento, Juez. Supongo que resultará demasiado pesado para que sea usted capaz de meterme ahí. Será mejor que entre yo y que me ate los pies cuando ya esté dentro.

Mientras hablaba se había ido colocando en la abertura, en la que apenas había espacio para permitirle el paso. Era un artilugio verdaderamente ajustado, de eso no hay duda. Amelia lo contemplaba todo con miedo en la mirada, pero evidentemente no se atrevía a decir nada. Entonces el vigilante completó su tarea atando los pies del americano, de modo que quedase completamente inmóvil e indefenso en su prisión voluntaria. Realmente parecía estar disfrutando, y aquella incipiente sonrisa que solía ser habitual en su rostro floreció hasta alcanzar su plenitud mientras decía:

—¡Supongo que esta Eva fue creada a partir de la costilla de un enano! Apenas hay sitio para que un ciudadano de los Estados Unidos crecido pueda entrar. En Idaho construimos ataúdes más espaciosos. Ahora, Juez, empiece a cerrar esta puerta lentamente. ¡Quiero sentir el mismo placer que obtuvieron todos los demás al ver cómo las estacas avanzaban hacia sus ojos!

—¡Oh, no! ¡No! ¡No! —gritó Amelia histéricamente—. ¡Es demasiado horrible! ¡No puedo soportarlo! ¡No puedo! ¡No puedo!

Pero el americano se mostraba obstinado.

—Oiga, Coronel —dijo—, ¿por qué no se lleva a la señora a dar un pequeño paseo? Por nada del mundo quisiera herir sus sentimientos; pero ahora que estoy aquí, después de haber recorrido ocho mil millas, ¿no sería excesivamente duro renunciar a la experiencia por la que he estado suspirando? ¡Después de todo, un hombre no puede sentirse como una sardina enlatada todos los días! El Juez aquí presente y yo acabaremos con esto en un momento. Ustedes vuelven después y nos reiremos todos juntos.

Una vez más, triunfó la resolución que nace de la curiosidad, y Amelia se quedó allí, agarrando con fuerza mi brazo y temblando mientras el vigilante empezaba a soltar lentamente, centímetro tras centímetro, la cuerda que sostenía la puerta de hierro. Hutcheson aparecía completamente radiante mientras sus ojos seguían el movimiento de las estacas.

—¡Vaya! —dijo—. Creo que no me lo había pasado tan bien desde que salí de Nueva York. Salvo por una escaramuza con un marinero francés en Wapping, y la verdad tampoco fue para tanto, todavía no había encontrado ningún entretenimiento placentero en este podrido continente en el que no hay ni osos ni indios y en el que los hombres caminan sin espuelas. ¡No tan deprisa, Juez! ¡No acelere el negocio! Quiero disfrutar hasta el último centavo que me ha costado el espectáculo. ¡Vaya que sí!

El vigilante debía de llevar en su interior parte de la sangre de los hombres que le habían precedido en su cargo en aquella espantosa torre, pues manejaba el aparato con una lentitud deliberada e hiriente que, tras cinco minutos (en los que la puerta no se había movido ni su equivalente en centímetros), empezó a hacerse difícil de soportar para Amelia. Vi cómo sus labios iban perdiendo color, y sentí que su abrazo se relajaba. La observé un instante y vi que su mirada se había fijado en un costado de la Virgen. Siguiendo su dirección vi a la gata negra, ocultándose a nuestras miradas. Sus verdes ojos, cuyo color se veía realzado por la sangre que aún recubría su piel y enrojecía su boca, brillaban como faros en la oscuridad de la habitación.

—¡La gata! —grité—. ¡Tenga cuidado con la gata! —pues acababa de situarse frente al aparato. En aquel momento parecía un demonio triunfante. Sus ojos brillaban con ferocidad, el pelo se le había erizado de tal manera que parecía haber doblado su tamaño y su cola se movía del mismo modo que lo hace la del tigre que ha localizado a su presa.

Elias P. Hutcheson pareció divertido al verla, y sus ojos sin lugar a dudas brillaron con regocijo al decir:

—¡Maldita sea si la squaw no viene empapada en pintura de guerra! ¡Bastará con que le den un empujón si intenta acercárseme, pues aquí el jefe me ha atado con tanta profesionalidad que maldita sea mi piel si soy capaz de evitar que me saque los ojos como intente saltar sobre mí! ¡Y usted tranquilo, Juez! ¡No suelte esa cuerda o estoy frito!

En aquel momento Amelia se desmayó del todo, y tuve que agarrarla de la cintura para que no se desplomara al suelo. Mientras la atendía, vi que la gata se preparaba para saltar, por lo que me arrojé sobre ella para impedirlo.

Pero en aquel preciso instante, profiriendo un chillido infernal, se volvió para saltar no sobre Hutcheson, como habíamos esperado, sino directamente sobre el rostro del vigilante. Sus uñas desgarraban tan salvajemente como las de los dragones incontrolados que aparecen en las pinturas chinas; pude ver cómo una de ellas caía sobre uno de los ojos del pobre hombre y lo tajaba antes de seguir desgarrándole la mejilla, dejando tras de sí una ancha franja roja en la que la sangre parecía manar de cada vena.

Profiriendo un aullido de puro terror incluso antes de ser consciente del dolor, el hombre retrocedió, soltando la cuerda con la que sostenía la puerta de hierro. Salté para intentar agarrarla, pero era demasiado tarde, ya que la soga recorría la polea con la velocidad del rayo y el pesado bloque de hierro caía por su propio peso.

Mientras la puerta se cerraba pude echarle un vistazo al rostro de nuestro pobre compañero. Parecía congelado por el terror. Sus ojos contemplaban lo que estaba sucediendo con horrible angustia y, como si estuviera aturdido, ningún sonido salió de sus labios.

Entonces las estacas cumplieron su función. Felizmente, todo fue muy rápido. Cuando abrí la puerta, pude ver que le habían atravesado de tal modo que se habían quedado atascadas entre los huesos del cráneo, y le arrastraron con ellas fuera de su prisión de hierro hasta que, atado como estaba, se desplomó cuan largo era, produciendo un desagradable sonido al aterrizar en el suelo, quedando boca arriba.

Me acerqué a mi mujer, la cogí en brazos y la saqué a la calle, temiendo por su salud mental en caso de que se despertara a tiempo de ver aquella escena. La dejé en el banco y volví a entrar corriendo en la torre. El vigilante estaba apoyado contra una columna de madera, gimiendo de dolor y apretando un pañuelo contra sus ojos. Sentada sobre la cara del pobre americano estaba la gata, ronroneando estridentemente mientras lamía la sangre que se derramaba de sus destrozadas cuencas oculares.

Imagino que nadie me tachará de cruel porque tomé una de las viejas espadas y la usé para partirla en dos allí mismo.